

# UNIDAD Y DISPERSION EN LA DOCTRINA DE ARISTÓTELES SOBRE EL FIN DEL HOMBRE EN LOS LIBROS PRIMERO Y DECIMO DE LA ETICA A NICOMACO

CHRISTOPHER MARTIN

Hay una curiosa ambigüedad en la forma en que muchos intelectuales ingleses hablan del estudio aristotélico del fin del hombre en su *Etica*. Primeramente le acusan de intentar demostrar que hay un único fin para el hombre (en el libro primero) pero cuando en el libro décimo descubren que expone una visión del fin o fines del hombre definitivamente dual, su asombro aumenta.

Algunos intentan demostrar que en el libro décimo ARISTÓTELES ha cambiado de opinión y que piensa ahora que el fin del hombre es sólo la contemplación (*theoria*), lo que hace que los libros II-IX carezcan totalmente de valor, y aprovechan también para acusarle de esto. Una cuestión muy utilizada para confusión de los alumnos es la siguiente: supongamos que estoy paseando y pensando en matemáticas. En concreto, sobre el último teorema de FERMAT, y estoy a punto de resolverlo. De repente veo a un niño que está ahogándose en el río. ¿Debería, de acuerdo con el libro décimo, lanzarme a salvarlo, o debo continuar mi contemplación de la verdad, como «actividad que está de acuerdo con la más alta de las virtudes»? (1177a 13).

No sé hasta qué punto esta pregunta se formula seriamente pero, en cualquier caso, la plantean con frecuencia. Espero poder probar a lo largo de mi exposición que ARISTÓTELES cree en una dualidad teórica en el último fin del hombre, y que —en este punto— el libro primero no se contradice con el décimo; y que manteniendo esta dualidad no hay posibilidad de plantear un dilema práctico como el anterior en el pensamiento de ARISTÓTELES.

Empecemos por el libro primero: es evidente que ARISTÓTELES no da un argumento serio sobre la unidad del fin del hombre. Según él se estaría apoyando en un argumento falaz: «Todas las cadenas terminan en algún sitio; ergo hay algún sitio en el que todas las cadenas acaban». Es más natural, y también más respetuoso, pensar que ARISTÓTELES se está basando en el general acuerdo en que existe un fin último del hombre, llamado *eudaimonía*, aunque se admite que existen diferentes opiniones sobre cuál es.

Hoy en día es casi un tópico decir que Aristóteles parece equivocarse en su análisis de la relación de los otros bienes menores a la *eudaimonía*: los trata como medios para un fin pero a nosotros nos gustaría más decir, como el tono general del libro primero permite deducir, que son más bien constitutivos de la *eudaimonía*. Hay varias explicaciones que se dan. COOPER [en su *Razón y Bien humano en Aristóteles*], muestra que ARISTÓTELES señala posteriormente en la Ética que toda deliberación debe versar sobre los medios a un fin. DAID MITCHELL, en una serie de conferencias, aún sin publicar, ha asegurado que *ta pros to telos*, en el tratamiento aristotélico del conocimiento práctico (*phrónesis*), igualmente no debería traducirse como medios para un fin sino como «constitutivos». SANTO TOMÁS DE AQUINO en su comentario a la Ética a NICÓMACO afirma, de forma más aristotélica, que debe haber un fin último del hombre en tanto que es hombre, teniendo en cuenta la unidad de la naturaleza humana, «igual que hay un fin para el médico en tanto que es médico, de acuerdo con la unidad del arte de la medicina» (106). Se podrían aportar muchos argumentos en contra de estas soluciones distintas del problema pero, en cualquier caso, todas esas soluciones fracasarían en el intento de compaginarse con la doctrina aristotélica del libro décimo.

Porque ese libro de ARISTÓTELES afirma que el último fin del hombre debe consistir en el ejercicio de su mejor parte de acuerdo con la virtud más alta. Este fin, afirma ARISTÓTELES con abundantes argumentos plausibles, debe ser la actividad de la contemplación (1177a 12-18). Es en ésta, entonces, en lo que la *eudaimonía* debe consistir. Pero mientras que en el libro primero decía que otras cosas buenas —honor, sabiduría práctica y placer— se desean por sí mismas y en orden a la *eudaimonía* (por ej. en 1096 18), él no intenta demostrar aquí de qué modo el honor, la sabiduría práctica y el placer (no al contrario) conducen a la obtención de la vida con-

templativa. Por el contrario, la búsqueda del honor, el ejercicio de la prudencia y de las demás virtudes y la persecución del placer son vistas —en el libro décimo— sólo como obstáculos para el hombre que busca la contemplación.

Hay, de hecho, un continuo contraste en el libro décimo entre la vida de la contemplación y la vida de acuerdo con la virtud moral. Por una parte, se identifica al hombre con su razón (1178a 2ss), mientras que, por otra parte, ARISTÓTELES admite que la vida de la contemplación «sería demasiado alta para el hombre» (1177b 26ss). En 1178a 20-22 afirma que la excelencia de la razón está separada, y en 1178a 9ss que las actividades de acuerdo con la virtud (moral) convienen en grado secundario a nuestro estado humano (*deuteros*).

En el nivel práctico, esta dualidad se expresa por el contraste entre 1177b 31-34 —«debemos, en la medida en que podamos, hacernos inmortales (*athanatizein*) y hacer todo lo que está a nuestro alcance por vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros»— y 1178b 5, «el hombre contemplativo ... en cuanto que es hombre y vive con un grupo de gente, elige realizar actos virtuosos». Muchos se han escandalizado de esta última frase: se piensa que el hombre contemplativo no es verdaderamente virtuoso, no es realmente un hombre correcto moralmente, porque —se dice— realiza «las actividades de acuerdo con la virtud» con el único fin de lograr una existencia placentera entre sus ciudadanos, y no las realiza por sí mismas. Esto significa, de acuerdo con la propia doctrina de ARISTÓTELES, que no es virtuoso, puesto que lo propio del hombre virtuoso es realizar acciones nobles y buenas por sí mismas, y a los influidos por alguna teoría de «el sentido del deber» esto significa que un hombre así no es verdaderamente bueno.

Este escándalo, sin embargo, se basa en un error. Para ARISTÓTELES, la vida de la actividad de acuerdo con la virtud moral es en sí misma buena y deseable por sí misma (1097b 1s). Y así, también, es buena y deseable la vida de la contemplación.

El hombre que es capaz de contemplación preferiría pasar su vida únicamente en la contemplación; sin embargo, como vive con otras personas y es, además, un hombre de naturaleza compuesta, no un espíritu intelectual puro, él elige las acciones de acuerdo con la virtud moral como deseables por sí mismas (para un *hombre*, tal como él es) y por la obtención de la felicidad. La *eudaimonia* del hombre que vive una vida de acuerdo con la virtud no es incomple-

ta, o sólo una parte de *eudaimonía*, como se ha dicho en alguna ocasión; por el contrario es más completa que la *eudaimonía* del hombre contemplativo, en cuanto que aquella es la que se sigue de la completa naturaleza del hombre, compuesta como es.

La *eudaimonía* del contemplativo es lo mejor (*aristón*) y lo más alto (*kratistón*), pero «tal vida parece ser demasiado alta para un hombre». Debemos de verdad, «hacer todo lo que está a nuestro alcance» para vivir de acuerdo con ella, pero no podremos alcanzarla como una realidad, y no podremos, no simplemente por las presiones sociales, sino por el mero hecho de la composición de nuestra naturaleza.

Admitir que existe un dualismo teóricamente irreconciliable en ARISTÓTELES, en este punto, significa poder evitar los dilemas morales del tipo del señalado al comienzo de esta exposición. En cuanto criatura capaz de contemplación, la verdadera *eudaimonía* del hombre se encuentra precisamente en la práctica de esta actividad. En cuanto ser humano, con una naturaleza compuesta, la *eudaimonía* consiste en hacer las cosas de acuerdo con la virtud moral. «En segundo grado, la vida de acuerdo con la otra clase de virtud es *eudaimon*» (117,a 9). Aunque ésta es insatisfactoria para una mente unificadora, no presenta ningún dilema práctico. El hombre totalmente *eudaimon* practicará la virtud por sí misma, y responderá a las peticiones de la sociedad. Pero cuando estas solicitudes le dejen libre —esto es, cuando tenga ocio (*skhōle*)— él volverá a contemplar la verdad. En cuanto que es un hombre, él actuará de acuerdo con la excelencia humana, virtud moral en cualquier caso en que se encuentre. En cuanto que él posee una parte divina, cuando le sea posible, practicará la actividad de la parte más noble de él mismo, que es, en cierto sentido, su propio ser (1178a 2).

El hombre puede identificarse con el compuesto, que es su definición, y la excelencia de la *eudaimonía* de su ser compuesto es el tema principal de la *Ética a Nicómaco*. Pero él también puede identificarse con la parte más alta de este compuesto, cuya excelencia y *eudaimonía* es de otra clase de orden. Esto lo trata en su libro décimo.

Admitiendo esta dualidad, ARISTÓTELES puede dar algún crédito al complejo de reacciones que todos tenemos ante la noción de destino humano, a la vez que evita el riesgo de proponer un código de acción simplemente no-moral.